

DESARROLLO ECONOMICO Y PAZ SOCIAL*

W.A. Lewis

*Traducción de la conferencia dictada en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, el 6 de abril de 1962. Esta conferencia fue publicada en la revista Economía de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, N° 79, segundo trimestre de 1963. Se reproduce en esta oportunidad con motivo del premio Nobel en Economía correspondiente a 1979 que el profesor Lewis compartió con el profesor T.W. Schultz en octubre último.

DESARROLLO ECONOMICO Y PAZ SOCIAL

W.A. Lewis

Los países de Europa Occidental y Norteamérica, nos muestran un espectáculo extraordinario de paz social. En tiempo de elecciones la gente vota, con poca pasión y menos violencia, para elegir entre partidos cuyos programas son apenas diferentes entre sí. Las huelgas son pocas y rápidamente solucionadas en contraste con casi cualquier década anterior a 1939. La gente se preocupa por los problemas de la juventud y por la delincuencia, pero éstas son preocupaciones menores comparadas con el gran antagonismo de clase, religión y nacionalidad que estremecieron la primera mitad del siglo veinte, y que actualmente juegan un papel sin importancia.

En contraste, los países subdesarrollados son un mundo en cólera. De igual modo, si miramos hacia Asia, África o el Medio Oriente, América Latina o el Caribe, *el conflicto es más amargo hoy en día que en cualquier época de los últimos 50 años*. Raza, religión, idioma, tribu, clase y cualquiera otra división conocida del hombre juegan un papel destructor en estos países, junto a desórdenes, huelgas y asesinatos masivos en una escala sin precedentes. Sin embargo, los países subdesarrollados son más ricos ahora que nunca. La producción real ha estado creciendo rápidamente y los servicios sociales han mejorado. Si se espera que el desarrollo económico solucione problemas sociales, tenemos aquí una paradoja notable. No creo que la ciencia económica explique todos los problemas sociales, pero no creo que nosotros los economistas podamos lavarnos las manos sobre este problema simplemente negando que hay una conexión entre desarrollo económico y lu-

cha social. Existe una conexión interna que me propongo desenredar en esta charla.

Mis reflexiones están inspiradas por la experiencia de Jamaica, donde yo vivo. El ingreso real de Jamaica se ha duplicado en los últimos diez años y aunque sólo personas superficiales son las que toman en serio esta clase de estadística, no se puede dudar que Jamaica es una isla mucho menos feliz hoy que lo que fue veinte años atrás. Muchas de mis observaciones estarán matizadas por esta experiencia local. Hasta qué punto ellas pueden aplicarse a América Latina, lo tienen que decidir ustedes mismos.

La tesis que sostendré es que la primera etapa del crecimiento acelerado es una transición turbulenta de un período de estabilidad social a otro. Una tesis tan sencilla, difícilmente necesita de mayor elaboración. Sin embargo, debo desarrollarla, en parte porque muchos de ustedes habiendo venido de lejanos países para esta ocasión, quedarían desilusionados si no lo hiciera; y en parte, porque la alegría de vivir de todo experto se basa en demostrar que lo que parece sencillo en realidad es bastante complicado. Por lo tanto, analizaré por qué en sus primeras etapas, el crecimiento económico causa roces y agitación. Y también, para establecer por qué el edén al cual conduce es el de la paz social.

El problema básico reside en que los frutos del desarrollo económico no se reparten en forma pareja en toda la población. El desarrollo se concentra en ciertos lugares y no en forma uniforme. En cada país hay un reducido sector moderno (por definición, donde un desarrollo rápido está ocurriendo), rodeado por un amplio sector atrasado (el que usualmente incluye campesinos, artesanos, pequeños comerciantes y trabajadores ocasionales). En último término, el sector moderno se expandirá para abarcar toda la economía; pero mientras tanto, éste será muy próspero con un efecto relativamente pequeño en el sector atrasado. Este mismo sector realmente sufre si el sector moderno compete con él (por ejemplo si nuevas fábricas desplazan a artesanos de sus empleos o si equipos de construcción modernos dejan de lado a la mano de obra). Por otra parte, el sector atrasado se beneficia en la medida en que la expansión del sector moderno ofrece un mercado creciente para alimentos o materias primas o servicios. Dentro del sector moderno en expansión, las utilidades y los salarios son altos; se proveen servicios sociales especializados y se entra a disfrutar de los beneficios de la urbanización (agua potable, escuelas públicas, movilización, cines, hospitales, viviendas baratas, etc.). Fuera del sector moderno, los daños pueden muy bien exceder a los beneficios.

Examinemos este proceso más detenidamente en tres aspectos básicos:

- 1) Desigualdad de ingresos;
- 2) Desempleo; y
- 3) Urbanización explosiva.

1. DESIGUALDAD DE INGRESOS

En la primera etapa del desarrollo, el crecimiento rápido incrementa la desigualdad de los ingresos. Esto ocurre con los ingresos pecuniarios más que en los beneficios no pecuniarios. Excepto África, donde la tierra es abundante en relación a la población, la mayoría de las economías subdesarrolladas se caracterizan por la alta proporción del ingreso nacional que va a un pequeño grupo de personas en forma de rentas. La distribución del ingreso es más desigual en India o en América Latina que en Gran Bretaña o Norteamérica. En los primeros países, el 10% más rico de la población recibe cerca del 40% del ingreso nacional, mientras en países desarrollados ese 10% recibe el 30%, después de pagar impuestos.

En las primeras etapas del desarrollo, antes de que nuevas técnicas se apliquen a la agricultura, las rentas pueden subir, como resultado del crecimiento desbalanceado. Pero en etapas posteriores los predios agrícolas pierden importancia; los industriales y los propietarios de sitios urbanos se enriquecen, pero los propietarios agrícolas pasan a ser relativamente menos ricos y el resultado neto, contrariamente a las predicciones de Marx, es que los ricos, tomando a los capitalistas y propietarios juntos, son relativamente menos ricos en países desarrollados que en sociedades subdesarrolladas.

Este proceso da origen a luchas sociales. La gente tiene aversión a los nuevos ricos y, especialmente, a los capitalistas extranjeros que llegan al país y se hacen ricos. Sin embargo, esto no ocasiona tantas luchas, como sería de esperar. Las industrias en rápida expansión, donde se hacen las nuevas y más grandes fortunas, casi no experimentan lucha, pues son precisamente las industrias las que están constantemente ofreciendo mayores oportunidades de empleo y salarios más altos. Las huelgas más amargas se desarrollan en las industrias decadentes, como la minería en algunos países, o en los ingenios azucareros, que ya han pasado de la etapa de la expansión a la de la decadencia o bien, como las que describiré más adelante, en industrias estagnadas o de lento crecimiento, como algunas formas de servicios de utilidad pública, que tienen dificultad en mantener el ritmo de crecimiento de los salarios de los sectores en expansión. Pero la lucha mayor no es, por supuesto, aquella entre capitalistas y obreros, sino entre terratenientes y campesinos, cuando éstos son lo suficientemente activos como para empezar a presionar por una reforma agraria. Las revoluciones no son hechas por un proletariado en expansión, sino por un campesinado explotado.

El crecimiento económico acelerado origina roces no haciendo al rico más rico, sino aumentando las diferencias entre los ingresos. La demanda por técnicos en escasa disponibilidad, crea una amplia diferencia entre salarios calificados y no calificados y entre ingresos de profesionales y salarios. Por ejemplo, iniciando su carrera, un profesor primario de los Estados Unidos o Gran Bretaña, obtiene un sueldo que es entre una y media y dos veces

el ingreso *per cápita*. En Nigeria en cambio, la misma persona obtiene siete veces el ingreso *per cápita*. O bien, por tomar otro ejemplo, un graduado que en Gran Bretaña recién deja las aulas, obtendrá un ingreso casi igual al de un minero, en cambio en Nigeria se igualará, al menos, al de siete mineros. La situación es peor en los países que tienen un menor grado de educación y que, por este motivo, deben importar la mayor parte de la gente calificada que necesitan. Después de estas consideraciones podemos decir que la diferencia es mucho menor en India o en América Latina que en Africa. Donde la especialización debe ser importada, los ingresos de la gente calificada serán superiores a los que podrían obtener en los países desarrollados de que provengan.

Así, por ejemplo, ocupaciones por las cuales en Inglaterra se obtienen 600 libras al año, en Jamaica alcanza, aproximadamente al mismo monto, una secretaria competente. Las ocupaciones que están por encima de este nivel ganan mucho más en Jamaica que en Inglaterra, y si están por debajo, bastante menos en Jamaica. Un salario de £ 8 semanales en Inglaterra equivale a uno de £ 3 en Jamaica, pero un ingreso de £ 200 anuales en Inglaterra equivale a uno de £ 3000 a £ 4000 al año en Jamaica. Si se comparan con las diferencias bastante menores que hay en los países desarrollados, en los subdesarrollados el esquema de ingreso se extiende mucho más hacia ambos extremos.

La aparición de este fenómeno, como consecuencia del crecimiento económico acelerado, perturba la paz social, ya que el rápido crecimiento de una clase media que edifica grandes viviendas y manjea autos descomunales incita constantemente a las masas y a sus líderes sindicales a exigir cada vez más. En último término, la situación se corrige por sí sola, ya que de las escuelas y universidades sale personal calificado que ajusta nuevamente las diferencias. La clase media se da cuenta de que, como los salarios de la servidumbre se elevan con mayor rapidez que los suyos propios, el número de sirvientes que ahora puede mantener cae de tres a dos y, finalmente, a cero. El descontento de la clase media acompaña irremediablemente a las últimas etapas del crecimiento económico, que son esencialmente igualitarias. Las primeras etapas producen mayor desigualdad y son entonces la clases más bajas las que se enfadan o inquietan.

Además de ampliar las diferencias de ingreso para los distintos trabajos, el crecimiento económico crea dos clases de trabajadores no calificados: aquellos que trabajan en industrias en expansión y aquellos que no lo hacen. Por ejemplo, en Jamaica, el trabajo no especializado gana cerca de tres libras a la semana, pero la nueva industria de extracción de bauxita paga por lo menos el doble por el mismo trabajo. Esto altera completamente el mercado de trabajo. Los trabajadores del sector atrasado pueden obtener seis libras a la semana. Así, pese al fuerte desempleo, los sindicatos pretenden alcanzar el salario en la explotación de bauxita. Además, el impacto de la nueva industria pone más dinero en circulación, lo que eleva los precios de los alimen-

tos, las rentas y otros servicios que componen el costo de la vida. De esta manera, la emergencia de industrias nuevas de rápida expansión, eleva el costo de toda la economía, al elevar los salarios y los ingresos en el sector en expansión. Así, los salarios y los precios tienden a elevarse en una espiral acumulativa.

No estoy sosteniendo que el crecimiento económico acelerado lleve necesariamente a la inflación. Constató solamente que, en Jamaica, la aparición de nuevas industrias lucrativas ha elevado todos los salarios y precios, provocando así una gran agitación industrial cuando las personas empleadas en otras industrias, incluyendo los empleados del gobierno, luchan por obtener sueldos y salarios que se amolden a los niveles que imperan en las industrias en expansión. Este es un proceso acumulativo del cual fácilmente puede perderse el control, pero constituye simplemente un proceso por el cual toda una economía llega a participar del bienestar que se origina en uno de sus sectores. Aparte de esto, también las inflaciones de tipo teórico generan luchas; pero hablar de inflación ante un auditorio de economistas chilenos requiere de especial coraje, ya que ellos han aportado más pensamientos filosóficos sobre este tema, que los economistas de cualquier otra parte, hasta el punto de saber cómo definir la inflación. Además, no podría discutir de inflación sin definirme como estructuralista o antiestructuralista. Trato, en general, de evitar cuestiones como éstas, ya que sería igual a preguntar si acepto los treinta y nueve artículos del libro de oraciones de la Iglesia de Inglaterra, o si admito la existencia de un solo Dios, cuyo nombre es Alá. Abandonemos entonces la cuestión del impacto del crecimiento sobre el costo de la vida y pasemos a ocupar su impacto sobre la ocupación.

2. DESEMPLEO

En último término, el desarrollo económico acelerado debe incrementar el empleo, pero su efecto inmediato puede ser un aumento neto del desempleo. Esto puede suceder por tres razones.

Primero, porque las innovaciones técnicas pueden significar un ahorro de trabajo. Jamaica produce actualmente el doble de azúcar que en 1939, pero con una cantidad de trabajo mucho menor. La construcción de fábricas de hilados de algodón ha significado la miseria para los trabajadores artesanales.

En segundo lugar, como es usual aunque no universal, el crecimiento económico se deriva de nuevas oportunidades de exportación, lo que también trae consigo un gran incremento de importaciones baratas que destruyen la producción local, produciendo desempleo.

En tercer lugar, los altos salarios ganados en el sector en expansión, empujan hacia arriba los salarios de los sectores atrasados. Esto puede tener un efecto desastroso sobre el empleo en países superpoblados. En países como Egipto e India, casi no se conocieron las hambrunas hasta que aparecieron

los sindicatos, pues la sociedad produce una cantidad de ocupaciones inútiles, como medio de distribuir la producción nacional. Cada oficina tiene el doble de los empleados que realmente necesita; cada empresa cuenta con innumerables mensajeros; incluso, se espera que las familias de clase baja tengan su cuota de sirvientes y, nadie que se respete, hace un trabajo manual.

Esto puede ocurrir porque los salarios corresponden a un chelín diario. Todo el mundo sabe que ese salario no da siquiera para comer y ningún empleador espera, por esto, recibir una cantidad apreciable de trabajo en cambio. El sistema no es orgánico, pero es indispensable para los efectos de dar ayuda a los necesitados. Cuando se ponen a trabajar los expertos del desarrollo económico, de los sindicatos y de la eficiencia, el cuadro cambia radicalmente. Los salarios se disparan hasta alcanzar los diez chelines diarios; los empleados sobrantes, los mensajeros y los sirvientes no pueden ser mantenidos más tiempo por sus empleadores, y se descargan sobre el mercado de trabajo, o, como en el caso de Jamaica, se ven forzados a emigrar.

Aunque el efecto inmediato del desarrollo económico puede ser crear más desempleo que empleo, sabemos que su efecto último debe ser disminuir el desempleo. A través de la acumulación de capital, el sector moderno de la economía se expande en relación al sector atrasado hasta que todo excedente de la fuerza de trabajo es absorbido, y toda la economía se moderniza. Karl Marx negaba todo esto. Él admitía que la acumulación de capital, a diferencia de la innovación tecnológica, aumentaba el empleo. Esto se deriva de la Ley de Rendimientos Decrecientes: si la tecnología permanece constante, entonces, si disponemos de más capital, este capital adicional debe lograr una mayor producción cuando se combina con trabajo adicional, que si se sumara simplemente al capital existente sin aumentar la mano de obra: según nuestra expresión técnica, si se dispone de trabajo adicional a una tasa de salario constante, y la tecnología no cambia, el capital adicional debe utilizarse para "ampliar" y no para "intensificar", de modo que debe crear mayores oportunidades de empleo. Marx admitía que si la acumulación de capital alcanzaba mayor rapidez que el crecimiento de la población, éste debía absorber el excedente de mano de obra. Al respecto, argumentaba que los salarios debían elevarse; esto provocaría la "intensificación" del capital, por medio de la innovación tecnológica; de este modo crearía desempleo y haría que los salarios volviesen al nivel de subsistencia. Este es un error lógico, del mismo tipo que "si la demanda aumenta, el nivel de precios sube; esto reducirá la demanda y así, el precio recobrará su nivel anterior".

Esto está errado, por cuanto una intensificación y una elevación de los salarios no pueden sustituirse una por la otra; la intensificación sólo puede existir en la medida que se eleve el salario. Uno comprende a Marx sólo si lo lee como si estuviese defendiendo que los efectos adversos de algunas innovaciones sobre el empleo serán siempre mayores que los efectos positivos de la acumulación de capital. Para hacer una afirmación de esta naturaleza, él no tenía evidencia alguna y la historia ha probado que estaba equivocado.

La reserva siempre creciente de desocupados, creada por el continuo avance tecnológico, es un mito. Si la acumulación de capital no se detiene, el exceso de mano de obra finalmente desaparece.

Sin embargo, puede pasar mucho tiempo antes que desaparezca. Un discípulo del doctor Rao calculó recientemente que las ocupaciones no agrícolas en la India pueden seguir aumentando a la misma tasa actual hasta 1975, antes de que se inicie un proceso de reducción en la fuerza de trabajo agrícola. El sector en expansión se ocupa, en primer lugar, del crecimiento demográfico —que el desarrollo hace aumentar a una tasa entre el 2 y 3% anual— al hacer disminuir la tasa de mortalidad de 40 a 10 mil. También se preocupa de la gran masa de trabajadores ocasionales, sirvientes domésticos y otros tipos de desempleo disfrazado; de los artesanos que han sido desplazados por la innovación y del potencial humano femenino que surge de los hogares en busca de una ocupación remunerada tan pronto puede verse libre de sus obligaciones domésticas —enviando el trigo al molino en lugar de caminar dos millas hasta el río para conseguir apenas el contenido de un cubo, enviando los niños al colegio y los enfermos al hospital (es, así, la mujer campesina quien saca mayor provecho del desarrollo económico).

Sin embargo, sólo si la acumulación de capital es lo suficientemente acelerada absorberá el excedente de la mano de obra. Una tasa sostenida de inversión neta de 10% anual del ingreso nacional lo conseguirá, no así una tasa de cinco por ciento.

Como hemos podido observar en India y en otras partes, durante los primeros cincuenta años de este siglo, una tasa de desarrollo baja puede hacer crecer la población y el uso de nuevas técnicas más rápidamente que las oportunidades de nuevos empleos. Pero el asunto que estoy abordando ahora es el efecto de una gran acumulación de capital y de un crecimiento acelerado y lo que estoy diciendo es que aunque esto debe producir un aumento del empleo y no del desempleo, mientras más se acelere el crecimiento, mayor será el desempleo temporal que se produzca y, por eso, mayor y más difundido el desasosiego creado por el crecimiento.

3. URBANIZACION EXPLOSIVA

Una de las formas en que se manifiesta este desasosiego es a través de la afluencia de gente del campo a las ciudades, que no están en condiciones de absorberla. Esto no ocurre necesariamente porque el crecimiento cree desempleo en el campo, sino más bien, porque las ciudades atraen a aquella gente cuyo equilibrio se ha visto destruido por una u otra razón.

Primero, la mayor parte de la expansión del empleo ocurre en las ciudades. Esto es así, incluso si la expansión está teniendo lugar básicamente en la minería o en las plantaciones. La elasticidad-ingreso de la demanda por servicios excede en mucho la elasticidad-ingreso de la demanda por bienes; y, muchos servicios se congregan en las ciudades, como por ejem-

plo, los servicios médicos, educación secundaria y entretenimientos. Agréguese las innumerables razones de por qué casi todas las industrias manufactureras prefieren los grandes centros poblados y se llegará inevitablemente a que cualquier tipo de desarrollo, aunque en un comienzo se origina en la agricultura, beneficiará especialmente a las ciudades.

En segundo lugar, los políticos viven en las ciudades y tienden a gastar una cantidad anormalmente grande de fondos para el desarrollo de las ciudades, de modo que la gente que quiere disponer de agua potable, servicios médicos o luz eléctrica, es arrastrada a las ciudades. Este es especialmente el caso de las capitales. En ellas viven los ministros; ellos tienen especial conciencia de sus necesidades, tienden a exagerar su importancia con relación al resto del país y están ansiosos de convertirla en una pieza de exposición para su contemplación, ya sea por parte de los visitantes extranjeros o de otras regiones del mismo país. Cuando en una ocasión hice ver a un ministro que estaba proponiendo gastar el 50% del ingreso de su programa de desarrollo en la capital, que sólo contenía el 5% de la población, se sorprendió notablemente, “¿pero, por qué no?”, fue su pregunta; “seguramente que Ud. cuando piensa en Inglaterra piensa en Londres; cuando piensa en Francia, piensa en París y cuando Ud. piensa en Rusia, lo hace en Moscú”. “No —contesté—, cuando pienso en Inglaterra no pienso en Londres, sino en Manchester, donde vivo, y es precisamente por este motivo que me opongo a que gaste la mitad de su dinero en embellecer la capital”.

Sin embargo, si la migración a las ciudades se mantuviera al mismo ritmo que el aumento del empleo en ellas, tendríamos poco de qué preocuparnos, pero ello no es así. El hecho de que las ciudades sean prósperas atrae a ellas más trabajo o más trabajadores de los que ellas necesitan, y así, paradójicamente, se crea el mayor desempleo en los lugares donde el empleo está creciendo más rápidamente. En Jamaica, por ejemplo, mientras más empleos se crean en Kensington, más desempleo se tiene en Kensington. En las partes atrasadas de una economía existe poco desempleo, ya que no existiendo seguro de cesantía, cada persona debe asegurarse por sí misma algún medio de subsistencia. Si existe exceso de población, esto no se demuestra como desempleo disfrazado, sino en el reducido tamaño de los predios agrícolas familiares, en un excesivo servicio doméstico o en una falta absoluta de preparación. Una vez que las ciudades han iniciado su expansión atraen el excedente más rápidamente de lo que son capaces de absorberlo.

Dije antes que son los campesinos y no el proletariado los que hacen las revoluciones. No obstante, en las primeras etapas del crecimiento acelerado, es el proletariado el que, junto a los dirigentes de clase media ávidos de poder, desarrollan una política radical. Lo que ocurre en estas ciudades explosivas los justifica plenamente. La gente aparece con mayor rapidez de la que puede lograrse, en proporción, ocupaciones, vivienda, escuelas, agua potable, movilización u otros entretenimientos, produciéndose una alta tasa de desempleo y una delincuencia juvenil endémica.

La parte más desagradable de una revolución industrial la constituye la confusión que impera en las ciudades. Este sólo hecho basta para explicar por qué las primeras etapas del crecimiento económico están siempre llenas de amargura y enojo.

Pero aún este crecimiento explosivo de las ciudades no es más que una fase. En Europa y en América del Norte, si se define una ciudad en términos del espacio que abarcaban hace treinta años, casi todas ellas cuentan en la actualidad con una población menor a la de aquella época. El movimiento ya no es hacia adentro, sino hacia afuera, hacia los suburbios. La densidad de población que crecía licenciosamente a comienzos de la industrialización, actualmente disminuye rápidamente, puesto que los suburbios están planeados para una baja densidad de población. Desde nuestro punto de vista, lo más importante es que, mientras que el campesinado venido a las ciudades a comienzos de la industrialización pasaba del conservantismo al radicalismo, sus descendientes, que ahora se mudan hacia los suburbios, están cambiando del radicalismo a una relativa indiferencia política.

FUNDAMENTOS DE LA PAZ SOCIAL

Mi tesis es que la primera etapa del crecimiento económico acelerado consiste en una transición turbulenta de un período de paz social a otro. El desarrollo crea miseria, desempleo, agitación, pero este mismo desarrollo es el que eventualmente y en último término, acabará con el desempleo, la miseria y la agitación. Hay tres razones principales por las que el desarrollo disminuye la agitación social.

En primer lugar, termina con la miseria económica. Ante un producto nacional *per cápita* creciente, van desapareciendo las poblaciones callampas, el hambre, la mortalidad infantil, la ignorancia y otras lacras sociales. En la primera etapa los hombres se ven preocupados pensando si sus hijos mañana morirán de hambre; en la última etapa, su preocupación consiste en si pueden o no gastar en televisión. Estos dos tipos de preocupación son tan diferentes en cuanto a su magnitud como a su tipo.

Segundo, reduce las desigualdades entre los seres humanos. En sociedades donde se vive al nivel de subsistencia es importante tener amigos y protectores. En estos casos, lo único que cuenta es la afiliación de cada uno. La sociedad se ha edificado a base de la protección y las oportunidades de progreso, y aún las de supervivencia, dependen de lazos familiares, clase, casta, religión, raza, tribu o color político. Por otra parte, el éxito de la industrialización depende principalmente de la competencia demostrada en el banquillo, de modo que las fuerzas económicas trabajan en gran medida a favor de "la profesión abierta a los talentos". Esta sustitución de las relaciones por el mérito ha eliminado en la actualidad, las principales fuentes de conflicto humano, excepto la guerra. Nos basta sólo con considerar la facilidad con que los hombres aún se matan unos a otros en Asia o en África, por ha-

blar un idioma diferente o por asistir a otra iglesia, para darnos cuenta de lo mucho que debe el mundo occidental a la evolución de un sistema económico que recompensa fundamentalmente el desempeño y no la filiación correspondiente y que ha transformado los conflictos raciales, religiosos y tribales en juegos de niños.

Finalmente, el desarrollo termina con los conflictos de clase, transformándonos a todos en una clase media, en contradicción directa con la predicción de Marx. Esto no es accidental. La industrialización demanda un uso educado de la energía mecánica. La educación inunda el mercado con gente calificada y así reduce la riqueza relativa y el *status quo* de las clases profesionales. La energía mecánica termina con los empleos que requieren del músculo bruto y termina con las clases que viven del trabajo manual duro. Todos pasan a disfrutar de por lo menos diez años de educación y así todos adquieren una cultura común. Debido al crecimiento de las grandes empresas, el capitalista es reemplazado por el gerente, cuya visión es esencialmente de clase media. Los ingleses dicen ellos mismos que tienen un país donde todo el mundo, desde el mensajero hasta la reina, todos pretenden ser, justamente, clase media; y cuando todos somos clase media, podemos vivir con mucha tolerancia.

Todo esto es odioso a los políticos. A través de Europa Occidental y Norteamérica, el calor ha desaparecido de la discusión política, y los viejos se lamentan de que las generaciones jóvenes no parecen interesarse en los antiguos problemas.

El problema de los países que ahora se están industrializando es, cómo salir de su actual situación turbulenta sin que en el proceso se destruyan a sí mismos. Las tensiones de la industrialización producen líderes agresivos que encuentran fácil llegar al poder gracias a los resentimientos de los trabajadores, campesinos y otras clases desplazadas por los cambios económicos. Donde el país se encuentra además dividido entre habitantes de distinta raza, idioma, religión o tribu, las oportunidades de liderato sectorial son irresistibles y se debilita cualquier llamamiento al liderato nacional.

En todo tiempo turbulento, los líderes se dividen en dos grupos principales: aquellos que piensan que los problemas sociales pueden y deben ser resueltos mediante la persuasión, la discusión y el entendimiento, y aquellos que piensan que los problemas sociales pueden ser resueltos efectivamente sólo por la fuerza. A los primeros llamaremos demócratas y a los segundos, autoritarios.

El autoritarismo en sus diversas formas presenta gran atracción en tiempos de turbulencia social. Los tiempos son difíciles y los ánimos están agitados. Los intereses de grupo prevalecen sobre los intereses nacionales. La paciencia y el entendimiento parecen llegar sólo al fracaso. En contraste, el autoritarismo parece ofrecer soluciones suaves y fáciles, siempre a expensas de otros grupos cuya liquidación parece indispensable. Y, sin embargo, por extraño que parezca, incluso en el punto de mayor ebullición social, la ma-

yoría de los hombres rechaza el autoritarismo. Sólo raramente un dictador llega al poder ganando el 50% de los votos. La mayoría de los hombres cree que los asuntos humanos deben regularse mediante el entendimiento y votarán por una solución democrática más que por una autoritaria, si se les da la oportunidad.

No puede negarse que existen situaciones imposibles de solucionar mediante la conciliación, debido a la forma obstinada en que la clase propietaria y gobernante se aferra al poder. Marx afirmó que los males del capitalismo no podían solucionarse sin recurrir a la revolución, pero evidentemente estaba equivocado. Los capitalistas son agresivos en las primeras etapas de la industrialización, pero de allí en adelante están siempre a la defensiva. En este aspecto, difieren notablemente de la clase latifundista, firmemente arraigada. Los terratenientes pueden controlar el pensamiento, los actos y votos de los campesinos, siervos y obreros sin tierras, que dependen de ellos de un modo que los capitalistas no pueden emplear para controlar las lealtades de los obreros industriales. Marx notó con acierto, que los obreros industriales se prestan fácilmente a la organización política y la acción industrial y, por ende, constituyen una clase esencialmente agresiva. Hasta los terratenientes más reaccionarios pueden disponer de los votos de sus dependientes de una manera que ni los capitalistas más progresivos pueden conseguir. De allí se puede argüir que en los países dominados por terratenientes reaccionarios la revolución marxista es el prelude requisito para la reforma, pero no se puede aplicar este planteamiento tratándose de los países dominados por capitalistas, por cuanto se puede hacer ceder a los capitalistas ante otras presiones; y aún en los países dominados por terratenientes, el movimiento progresivo puede capturar escapes democráticos que queden a su alcance, siempre que sus miembros se mantengan cohesionados.

El análisis económico, para colmo, en nada ha contribuido a conservar la democracia. Si la economía hubiese enseñado que las turbulencias sociales que aparecen en los comienzos de la industrialización constituyen sólo una etapa transitoria, habría dado esperanzas a los líderes políticos demócratas y habría alentado el entendimiento. En cambio, la nuestra ha sido siempre una ciencia fatal. Ricardo y Malthus enseñaron al pobre que siempre sería pobre, pues el progreso sólo podía beneficiar a los ricos. Marx rechazó la Ley de la Población, de donde provenía esta conclusión, pero sentó su propio principio de que la tecnología siempre engrosará las filas del ejército de los desocupados, destruyendo la clase media y polarizando la sociedad en dos grupos extremos y hostiles. Marx se formó en la primera etapa de crecimiento acelerado de Europa Occidental y, aunque el ardor político se había apagado ya treinta años antes de la muerte de Marx, jamás él entendió que los conflictos que veía tan claros pertenecían sólo a un período de transición.

Después de Marx, la economía dejó de encarar cuestiones de crecimiento y conflicto. En lugar de ello, afiló sus herramientas para analizar cuestiones relativas a los precios y costos, y sólo en el decenio anterior a la segunda

guerra mundial se acercó nuevamente a problemas del crecimiento, a través de su preocupación con las fluctuaciones de precios y empleo.

Y ahora, a partir de la segunda guerra mundial, la gran demanda de los países en reciente industrialización ha vuelto nuevamente la atención de los economistas hacia los grandes problemas de crecimiento y agitación social que dominaron nuestro tema desde su comienzo hasta los últimos veinticinco años del siglo diecinueve. Formularemos las mismas preguntas que se hacían Smith, Ricardo o Marx, pero ahora tenemos la ventaja de una extensa retrovisión. Siempre tendremos una ciencia de la tristeza, ya que nuestro deber será recordar siempre a los políticos que mientras dos más dos no pueden ser menos de tres, tampoco pueden ser más de cinco. Más allá de todos estos problemas, sin embargo, podemos ofrecer la esperanza de una solución final, de una prosperidad relativa y de una relativa paz social. Nuestros problemas pueden ser resueltos sólo si reemplazamos la vanidad y la cólera por el entendimiento y la paciencia y sabemos buscar el conocimiento, más por la superación de la debilidad humana que por la fuerza del conocimiento.